

ALMA DE TODAS LAS DEVOCIONES A LA VIRGEN

“...el Corazón de María.
Ya su nombre, tan dulce
para los labios, es fuente
de una esperanza que no
puede fallar”
(Carlos Eleonor
Dufriche-Desgenettes)¹

El *movimiento mariano*,
Fátima, una corbata, una
tesis, la dormición, el
aplausos, un fichero, el
claretiano... y el Corazón
de María



Son muchos los hechos que nos hacen a tantos pensar que, desde hace mucho tiempo y de forma que, seguramente, se intensifica cada vez más, vivimos en la Iglesia un llamado *movimiento mariano*. También un *movimiento del Espíritu Santo*.

En lugar singular de este movimiento se encuentran las apariciones marianas de Fátima (1917), Pontevedra (1925) y Tuy (1929), las de 1917 a los *tres pastorcillos*, las otras sólo a Lucia. Y el caso es que uno de los mejores estudiosos que ha tenido Fátima, el P. Joaquín María Alonso, C.M.F. (1913-1981), decía que el Corazón Inmaculado de María era el “alma del mensaje de Fátima”².

Fátima, amigos míos, es como si fuera mi patria. Yo soy de Barcelona, que cae más bien a desmano, y todo empezó en Barcelona (provincia), en el colegio, cuando, teniendo yo quizá 11 años, nos pusieron una película sobre la Virgen de Fátima. Aún recuerdo las lágrimas, secadas con la corbata del uniforme si la memoria no me traiciona, que me saltaron cuando la Virgen decía: “Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. Rusia se convertirá, y un período de paz será concedido al mundo” (aparición de julio de 1917)³. La oración que me saltó, como un ciervo apasionado, en aquel momento, me la callo por razones de prudencia. Todavía vivo de aquella oración –amigos míos-, y tengo cuarenta y cinco añazos todavía insatisfechos. Pero que nadie piense en místicas, porque no las hay.

Por eso, siempre ha sido el Corazón de María mi Virgen predilecta⁴. Ese Corazón lleva dentro mi vida. Y es gracias a Fátima por lo que yo digo, con seguridad, que el movimiento mariano ha de tener como bandera y como emblema el Corazón de María.

Pero algo tendrá el agua cuando la bendicen, y nosotros hemos de tratar de saber qué ha impulsado a nuestra queridísima madre a llamarnos a mirar hacia su Corazón. Sencillamente, un capricho de ella no puede ser. Y yo creo saber lo que pasa, pero no por mí, sino porque me lo

¹ Manuel d'instructions et de prières à l'usage des membres de l'Archiconfrérie du très saint et immaculé Coeur de Marie établie... à Paris, Paris, 1839, p. 179.

² “El Corazón Inmaculado de María, alma del mensaje de Fátima”, *Ephemerides Mariologicae*, 22 (1972) 240-303; 23 (1973) 19-75.

³ Aunque las palabras auténticas no son exactamente esas.

⁴ Pero es importante aclarar que no es una *advocación* mariana, sino una *devoción*. Acaso sin saber esto no se podría entender lo que voy a decir hoy. Y como la palabra *devoción* sufre hoy cierto desprestigio, como si fuera algo sólo femenino y además despreciable, yo recordaré que viene de *devoveo*, “entregarse, dedicarse, consagrarse”; y que S. Agustín decía: *Vera devotio est imitare quod colimus*: “La verdadera devoción es imitar aquello a que tenemos devoción”. Parece, pues, que la devoción no es nada poco recio, ni poco valioso, ni poco santificador.

han contado... Y me lo ha contado el señor que antes mencionaba, el P. Alonso, sobre cuya teología del Corazón de María defendí el año pasado mi tesis de licenciatura en teología⁵, con la presencia –que daba calor- de no sé cuántos de mis numerosos hermanos y sobrinos; dos de ellos, por cierto, cuando acababa el discurso de defensa, fueron tildados de sospechosos de dormición. Y lo más divertido fue cuando una de ellos inició un aplauso en un momento en que no correspondía, la secundaron, y el presidente cortó por lo sano. Más tarde me decía ella: “Pero ¿no me dijiste que teníamos que aplaudirte?” “Sí.” “Pero ¿por qué?” “Pues porque quería que me aplaudierais.” Y había, por cierto, un fichero cerrado sobre mi mesa, estratégicamente colocado para que ningún profesor pudiese tocarlo, porque tener –oh amigos- un fichero sobre la mesa da tanto prestigio al licenciando cuanto vacío, completamente vacío estaba el fichero de autos. Las cosas de la vida, de los ficheros y de los aplausos. Los trucos. Las cosas de mis hermanos, de tanto amor.

Pues, señor, a contaros vengo la importancia y el lugar del Corazón de María⁶ según la opinión del P. Alonso –que en este punto comparto plenamente-, con alguna mínima aportación mía⁷. Para ello, luego habrá que explicar qué es el Corazón de María –porque no es un corazón-, y explicar que no es lo mismo María que el Corazón de María, y que eso que dice la segunda expresión, y la primera no, es algo, y es algo que real y verdaderamente nos interesa. Yo estoy en que sí; ya lo creo que sí.

Y que quede claro que el Corazón de María no nace en Fátima. Su cuna está muchísimo más alta, como que es el Evangelio de San Lucas: Lc 2,19: “María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón”; 2,35: “Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción -iy a ti misma una espada te atravesará el alma!- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”; y 2,51: “Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”. El Fundador del Corazón de María es el Espíritu Santo.

Luego ha tenido el Corazón de María una historia gloriosísima⁸, cuyos principales hitos son San Juan Eudes, San Antonio-María Claret y Fátima.

Una posición de privilegio para la devoción al Corazón de María

Para Alonso, la devoción al Corazón de María es la vocación de cualquier otra devoción mariana. Si esa otra –la que sea- se vive con autenticidad, tiende a la devoción cordimariana por naturaleza. Y hay que aclarar dos puntos: primero, que se puede vivir de forma *anónima* –y espontáneamente muchos lo hacen- nuestra devoción, quiero decir, sin mencionar el Corazón de María ni dirigirse a él, pero viviendo la devoción mariana muy en el espíritu de María, que no es otro que el Espíritu Santo; quienes así viven no lo saben, les falta sólo un nombre, pero son devotos del Corazón de María⁹. Segundo, que esta ley se refiere al *normal* desarrollo de la devoción y del devoto, y en realidad es infrecuente que se desemboque en el Corazón de María,

⁵ *Fundamentos dogmáticos de la devoción al Corazón de María, en la obra del P. Joaquín María Alonso (tesis para la obtención del grado de licenciatura en teología dogmática, dir. José Luis Cabria Ortega), Burgos: Facultad de Teología del Norte de España/Sede de Burgos, 2012.*

⁶ Casi todo lo que se va a decir se aplica también al Sagrado Corazón de Jesús, salvando siempre la diferencia que proviene de la unión hipostática: el Corazón de Cristo está unido a la Persona del Hijo, y en cambio, el de María Santísima es el de una persona meramente humana. No creo que haga falta repetir a cada paso “y también el Corazón de Jesús”, porque sois suficientemente listos.

⁷ Y en este sentido, este artículo no es como los que hasta ahora se han publicado en el blog sobre materias directamente religiosas. Porque lo que en él se dice *no es doctrina de la Iglesia*, y cualquiera puede no estar de acuerdo sin por ello sentirse al margen de la doctrina. En la Iglesia hay infinitamente más libertad de pensamiento de la que se creen muchos de *afuera*, y el P. Alonso y yo exponemos lo que nos parece que es verdad, pero no que es el Catecismo de la Iglesia Católica. / Conste que la tesis la hubiese puesto en el blog si hubiera sabido cómo, pero todo se andará; hay, además, unos artículos sobre la misma temática cordimariana que también incluiremos. De momento, podéis ver la tesis y algunas cosas más –también marianas, y también relacionadas con el Corazón de María, pero que no tratan directamente de este- [aquí](#) y también [aquí](#).

⁸ Podéis ver el cap. 1 de mi tesis.

⁹ Al mismo tiempo, parece justo reclamar que, cuando el Corazón de María aparece con su nombre y con sus exigencias, sea admitido sin reservas. En realidad, el obstáculo para ello es el *no saber* qué es el Corazón de María, y por eso me parece tan importante toda esta clase de estudios y de catequesis.

porque no estamos dispuestos a dar –en frutos de santidad- tanto como esta devoción nos pide. Es lo que hace millones de años me enseñó mi hermana –la del aplauso, sí, señores: lo habéis adivinado muy bien-: la diferencia entre lo *normal* y lo *corriente*. Lo normal es lo que se ajusta a la norma, y lo corriente, lo que corre por ahí, o sea, “lo que hay”.

La devoción al Corazón de María está, por tanto, como en germen en las demás devociones marianas, y así como Tertuliano dijo que “el alma humana es por naturaleza cristiana” –lo cual es una potentísima verdad, y lo digo porque la he tocado-; así podríamos ahora ponernos finos nosotros y decir aquí, porque así es, que “el alma mariana es por naturaleza cordimariana”. Y no está el punto en abandonar unas u otras devociones marianas para quedarse con la cordimariana. Esta llama a su centro a las demás, porque ese Corazón es centro de María –lo hemos de ver-. Las *espiritualiza*, porque ese Corazón es espíritu –lo hemos de ver también-, o, como quería San Juan Eudes, “el corazón del alma”¹⁰. Hay, pues, que quedarse con la devoción que se desee, pero dejando que se impregne –que nos impregne- con ese aroma de la más pura espiritualidad que el Corazón de María le va a trasvasar.

Y permitidme que insista en lo que he sugerido en nota. Conocido el Corazón, yo no sería tan valiente como para negarme a abrazar su devoción, y eso, porque ese Corazón campea como un imán de corazones en las páginas más maternas de nuestros Evangelios; por la llamativa insistencia que hace la Virgen en tantas apariciones –no sólo en Fátima, pero principalmente en Fátima-; y también por lo que espero que entendáis conmigo sobre la maravilla fulgurante que es la devoción en favor de la cual me empecino en gritar. Acaso, caminantes, queráis hacer conmigo lo que pedía el bueno de Gonzalo de Berceo, y me otorguéis, en recompensa, “un vaso de bon vino”.

Pedimos, pues, lo que Alonso llama “una posición de privilegio”¹¹ para la devoción cordimariana. Pero es que no es descabellado pensar que eso está pedido en Fátima, y además, estamos dando la razón de ser de esa pretensión.

Y la posición de privilegio no significa que sea una devoción superior; hay un documento pontificio que niega la existencia de alguna devoción mariana superior a las demás. Alonso dice que nuestra devoción no es “ni siquiera la más importante”¹², e insiste en que no se trata de superioridad, sino de *impregnación*.

Quedamos, pues, en que la devoción al Corazón de María es la *forma* de las demás devociones. Es una devoción mariana y es el espíritu de todas las demás; a las cuales impregna. No está a su lado. No puede ponerse en una lista con todas las demás, por ejemplo en orden alfabético. Alonso la compara con la caridad, ya que, en la visión de Santo Tomás de Aquino, esta virtud se requiere para que haya cualquier otra virtud sobrenatural. Santo Tomás se apoyaba, con seguridad, en 1 Cor 13:

"Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, sería como el bronce que resuena o un golpear de platillos.

"Y aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tuviera tanta fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, no sería nada.

"Y aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo para dejarme quemar, si no tengo caridad, de nada me aprovecharía" (1 Cor 13,1-3).

También dice Santo Tomás, si no me falla a mí la memoria, que la caridad es a las virtudes lo que la mano es a los dedos. La caridad, el amor, ¿no los simbolizamos con el corazón? Pero más adelante hablaremos de ello.

Y si eso es verdad –como lo es-, y además resulta –como resulta- que el Corazón de María es también el centro y la interioridad de María, la fuente de María, la unidad de María y la gracia y la santidad de María, entonces os hago saber que el Corazón de María resulta ser la razón mismísima por la que veneramos y amamos a María. Ni más ni menos. Y os hago saber también que quien venera el Corazón de María se adentra en *la María esencial* o en *toda María*. Acude

¹⁰ Cit. por Alonso, *El Corazón de María en San Juan Eudes-II*, Madrid: COCULSA, 1958, p. 21.

¹¹ *La Consagración al Corazón de María, acto perfectísimo de la virtud de la religión*, introd. a José María Canal, *La Consagración a la Virgen y a su Corazón-I*, Madrid: COCULSA, 1960, pp. 5-116, la cita en p. 115.

¹² *La Consagración al Corazón de María...*, 38.

con amor a aquella *raíz*, a aquella *fuentes* de María que justifica cualquier forma de culto a esta madre. El Corazón de María es el corazón de las devociones a María. Y lo es, en último análisis, porque del Corazón (esa fuente) brota todo. El Maestro mismo es quien lo dice: **“De dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas”** (Mc 7,21), y no cuesta nada adivinar que lo mismo hubiese podido afirmar de las buenas.

Cierto que acabo de anticipar muchas cosas que me tocará probar. Pero sépase que, para Joaquín María Alonso, todas las virtudes de la Santísima Virgen, y todas sus acciones, y todos sus privilegios, y en general todas sus excelencias, son –eficaz expresión donde las hay- *partes potenciales* de su amor, y por lo tanto de su Corazón, y, de forma proporcional, todas las demás devociones marianas vienen a ser *partes potenciales* de esta devoción. Así es: cada devoción, así como su fundamento en el ser de la Virgen, “vienen a ser como partes potenciales que van realizando parcialmente la perfección del todo formal de que dependen”¹³, el cual es el Corazón. El fundamento de toda devoción a María tiene su fundamento en el Corazón de María. **“Toda la belleza de la hija del rey está en el interior”** (Sl 44,14, en la traducción de S. Jerónimo). Todo nace del Corazón, empezando por el mismo Jesús, que no entró en el mundo por el vientre de María, sino por el Corazón de María; aunque esto cae fuera del tema de hoy.

Espero haber entendido bien al P. Alonso. Espero haber despertado vuestra sorpresa al descubrir eso tan inesperado que resulta que es el Corazón de María, si bien hoy todavía no he entrado de lleno en el concepto como tal. Espero también –y proclamo que lo he intentado- no haber sido soporífero. Queda una segunda entrega, que os atizaré cuanto antes, porque lo que he anticipado no va a quedar sin explicación y porque aún queda más hilo para la cometa.

Faltan ahora mismo cuatro minutos para que comience la fiesta del Inmaculado Corazón. Que él me perdone mis deslealtades en su servicio. Y que el Espíritu Santo –nosotros, en el Corazón de María, hemos de ver al Espíritu Santo- os haga entender, y más que entender amar, hasta qué extremo ese Corazón es el nido en la tierra de esa divina Paloma.

Anejo

El famoso pasaje de la vocación de Santa Teresita de Lisieux es de una belleza que marea. Al mismo tiempo, sirve a maravilla para ilustrar el pasaje de 1 Cor 13 que tanto nos ha ayudado, y al dar en el centro de la relación entre el amor y las vocaciones, nos está hablando, casi, de la relación entre la devoción cordimariana y las otras devociones a María. Decía Benedicto XVI que los santos son la mejor interpretación de la Sagrada Escritura. Os lo pongo en el artículo que sigue inmediatamente.

Sed felices.

Permisos de difusión y reproducción.- El autor de esta obra autoriza expresamente su libre difusión o reproducción, por cualquier medio, siempre para buen fin, citando como mínimo el autor y el título y comunicando tal reproducción o difusión; la dirección electrónica para hacerlo es: **"miguelruiztintore@gmail.com"**; si se pensare en ponerla a la venta, será necesario pedir antes permiso por el mismo medio, y la respuesta más previsible es la concesión de tal permiso. La contravención de estas disposiciones podría dar origen a acciones judiciales.

[Copio a continuación ese pasaje de Sta. Teresita:]

¹³ “El Corazón de la Inmaculada”, *Verdad y Vida*, 15 (1957), pp. 325-355.



He aquí un famosísimo, sobrecogedor texto de Sta. Teresita de Lisieux. Tiene un inmenso valor por sí mismo, pero, como decía en el artículo anterior, yo lo traigo aquí como ilustración de las palabras de San Pablo en 1 Cor 13 y de la relación que existe entre el amor y las vocaciones, simétrica con la que existe -según explicaba en ese artículo- entre la devoción al Corazón de María y las otras devociones marianas. A estas otras también les ocurre lo que a la "Santita": su vocación es el amor...

Santa Teresita de Lisieux, Manuscrito B, 2v.º-3v.º [1]

Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de mi vocación: carmelita, esposa y madre.

Sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones : siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas hazañas... Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...

Siento en mí la vocación de sacerdote. ¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...! Pero, ¡ay!, aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís y siento en mí la vocación de imitarle renunciado a la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida...!, ¿cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo convertir en realidad los deseos de mi pobrecita alma?

Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores.

Tengo vocación de apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero Amado mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera ser misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...

Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre...

¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos...

Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús... Al pensar en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempos del anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría y quisiera que

esos tormentos estuviesen reservados para mí... Jesús, Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu libro de la vida, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas quisiera realizarlas yo por ti...

Jesús mío, ¿y tú qué responderás a todas mis locuras...? ¿Existe acaso un alma pequeña y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tú has querido colmar mis pequeños deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos míos más grandes que el universo...

Como estos mis deseos me hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrí las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capítulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios...

Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano.

... La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz...

Al igual que Magdalena, inclinándose sin cesar sobre la tumba vacía, acabó por encontrar lo que buscaba, así también yo, abajándome hasta las profundidades de mi nada, subí tan alto que logré alcanzar mi intento...

Seguí leyendo, sin desanimarme, y esta frase me reconfortó: “Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable”. Y el apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad.

Podía, por fin, descansar... Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocirme en todos ellos...

La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...

Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...!

Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...!

Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo has dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!